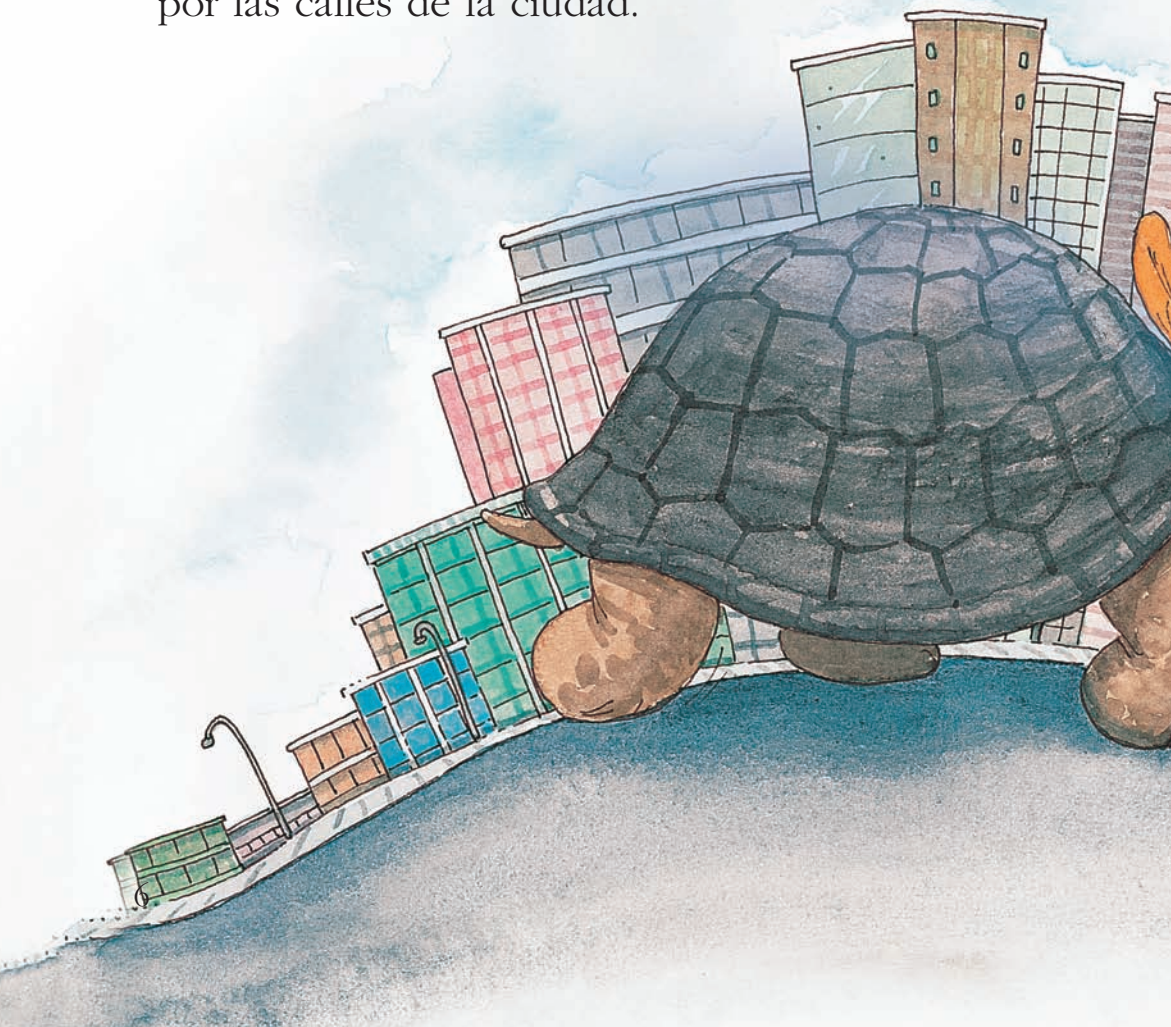


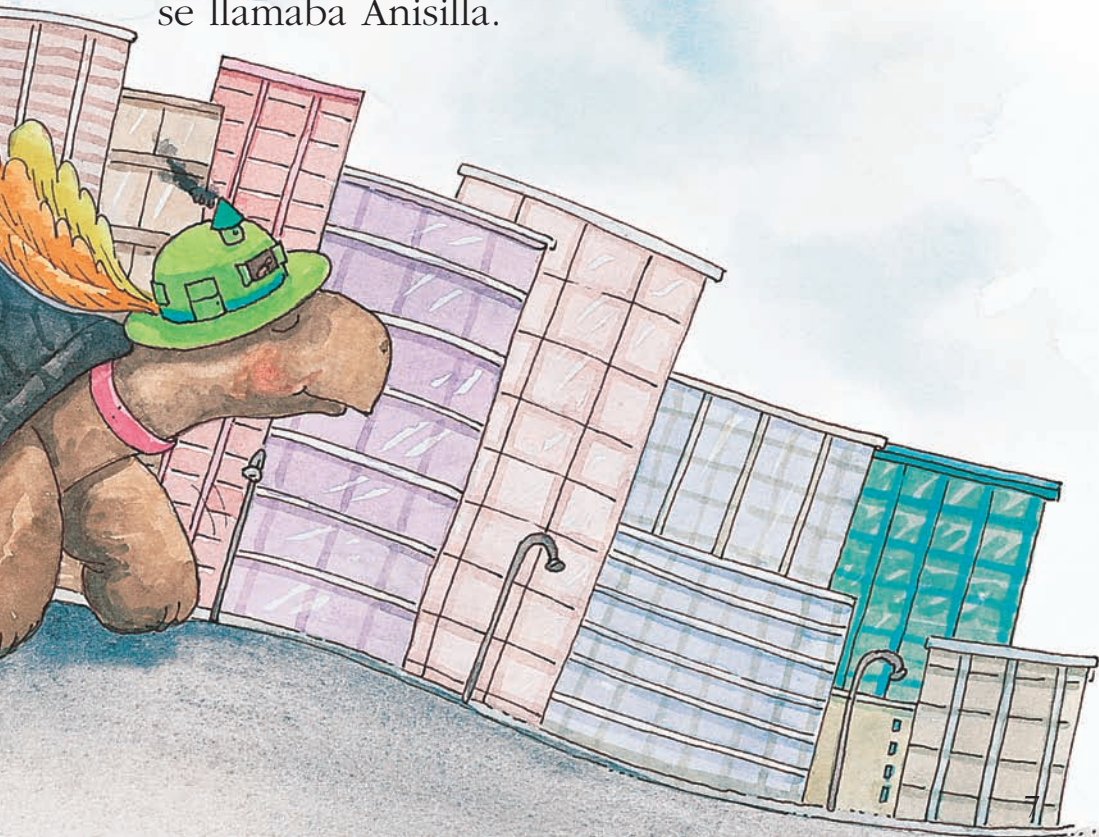


Había una vez una tortuga muy pero muy grande: tan grande como un auto Volkswagen. Se llamaba Filomena pero le decían la Mena.

La Mena era muy elegante y siempre andaba con un sombrero verde limón, en forma de hongo, adornado con dos plumas: una naranja y otra amarilla. Usaba un perfume de lavanda que regaba a su paso pretencioso por las calles de la ciudad.

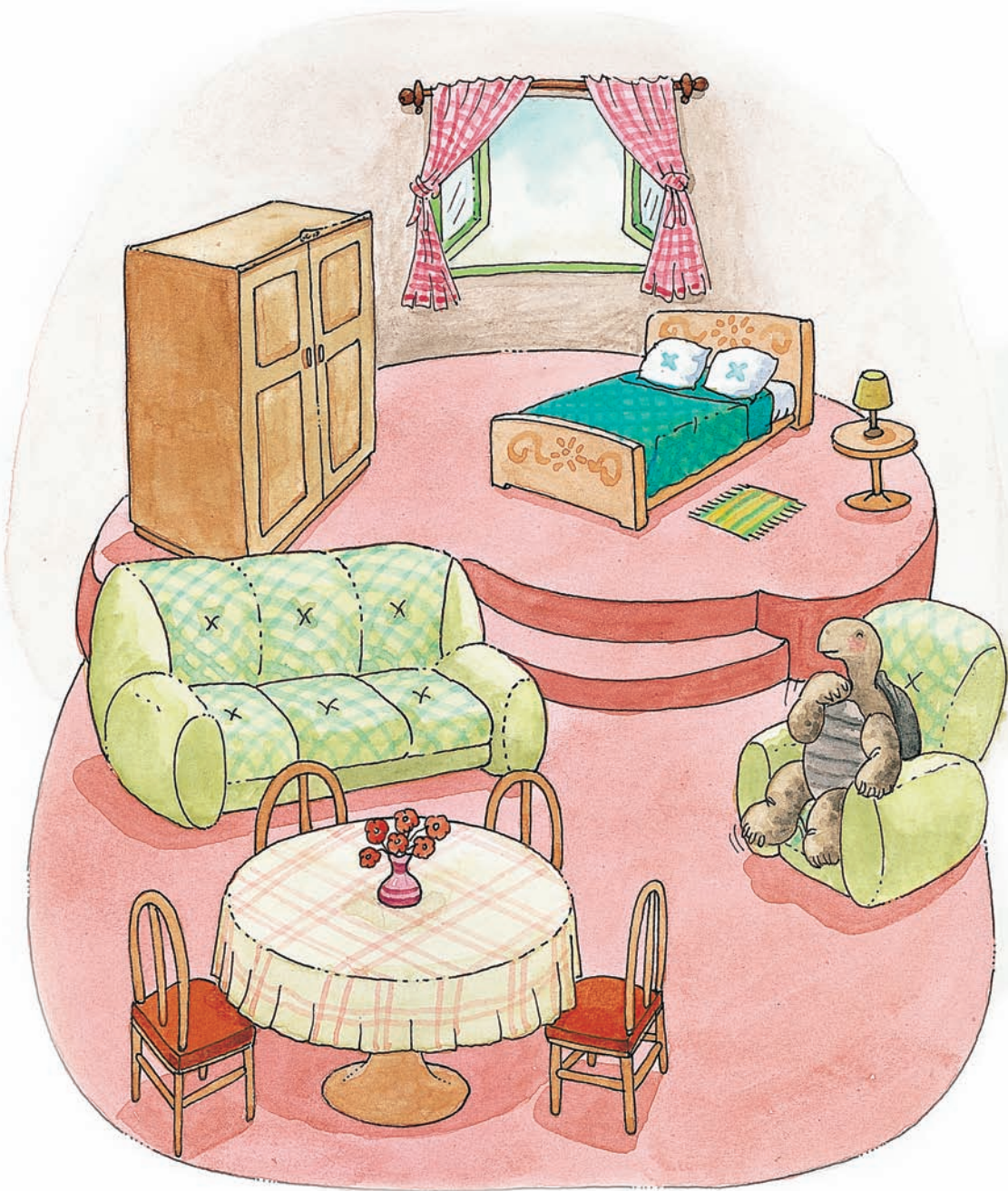


Lo que nadie sabía es que la Mena era corta de vista y, vanidosa como era, no le gustaba usar anteojos. ¿Cómo hacía entonces la Mena para caminar oronda por las calles de la ciudad? He aquí su secreto —tan bien guardado—: tenía una pequeña amiga, una pequeña pasajera, que la ayudaba. Su pequeña amiga se llamaba Anisilla.



Anisilla era una tortuga tan chiquitita como una uña y le decían Anisilla porque, además de chiquirritita, era marroncita como un granito de anís. Anisilla veía muy bien pero era tan pequeñita que tenía mucho miedo de que la pisen en las calles de la ciudad.

Anisilla vivía en el sombrero de la Mena. Allí, dentro del sombrero en forma de hongo, tenía toda una casa muy linda: un cuarto con su cama y un gran ropero, una sala con dos cómodos sillones y un comedor con una mesa redonda y cuatro sillas.



La casa de Anisilla tenía cuatro ventanitas: una miraba adelante, otra miraba atrás, una tercera miraba a la izquierda, y la cuarta ventana miraba a la derecha.



Cuando salían a pasear por las calles de la ciudad, Anisilla abría las ventanitas de su casa y, así, desde el sombrero, le iba diciendo a la Mena por dónde ir para que no se fueran a tropezar.

